

María José Ferrada

Kramp



Lectulandia

El día que el hombre llega a la Luna, D empieza a trabajar como vendedor viajero de productos de Kramp: clavos, serruchos, martillos, picaportes y mirillas. Comienza también entonces la educación paralela de su hija, M. Convertida en ayudante y cómplice, se salta las clases a espaldas de su madre para acompañar a D en sus viajes, descubriendo un precoz sentido comercial y un talento inesperado para la picaresca mientras recorren los pequeños pueblos del sur chileno, un territorio plagado de fantasmas.

Lectulandia

María José Ferrada

Kramp

ePub r1.0

Titivillus 30.05.2019

Título original: *Kramp*
María José Ferrada, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para D.

«Aún me debes doscientos dólares».
Addie a su padre, en *Luna de papel*.

I

D comenzó su carrera vendiendo artículos para ferretería: clavos, serruchos, martillos, picaportes y ojos mágicos para puertas, marca Kramp.

Cuando por primera vez salió con su maletín de la pensión en la que vivía, no se atrevió a entrar a la ferretería principal de la ciudad, que en ese entonces era un pueblo, hasta haber pasado frente a ella treinta y ocho veces.

Ese primer intento de venta coincidió con el día en que el hombre pisó la Luna. Los vecinos se juntaron a ver el alunizaje en un proyector que el alcalde sacó desde el balcón de su oficina, y que lanzó la imagen sobre una sábana blanca. Como no había audio, de fondo tocó la banda de los bomberos.

En el momento en que D vio a Neil Armstrong dar el paso hacia la Luna, pensó que, con decisión y el traje adecuado, todo era posible.

Así que al día siguiente, al finalizar el paseo número treinta y nueve, entró a la ferretería, con los zapatos más lustrados que se vieron en la historia de la ciudad, a ofrecer al encargado los productos Kramp. Clavos, serruchos, martillos, picaportes y ojos para puertas. No vendió nada, pero le dijeron que volviera a la semana siguiente.

D fue a tomar un café y anotó en una servilleta: toda vida tiene su alunizaje.

Cuando, más tarde, D le contó a su padre que el hombre había llegado a la Luna, este le dijo que eso era una soberana farsa, que Dios había creado al hombre con los pies en la tierra y sin alas, y que todo lo demás eran mentiras del presidente de Estados Unidos.

Como fuera, a la semana siguiente D dio un paso en nombre de su propia humanidad: vendió media docena de serruchos y una de ojos para puertas. Al salir de la ferretería con su pedido dentro del maletín, sintió que toda felicidad, grande o pequeña, merecía ser proyectada en la plaza de una ciudad.

II

Durante las semanas siguientes, D llevó hasta el Registro de Viajantes tres fotografías y cuatro escudos. Quince días después estuvo listo su carnet, n.º 13709.

Con el carnet en el bolsillo y un ahorro equivalente a la comisión por 2.356 serruchos, 10.567 clavos, 3.456 martillos, 1.534 ojos mágicos, compró una Renoleta. Montado en ella, comenzó a recorrer los pueblos cercanos siguiendo los consejos de un viejo vendedor. En realidad se trató de un consejo y una afirmación.

El consejo:

—Al llegar a un pueblo, lo primero que tienes que hacer es buscar la cafetería central y el hotel donde se quedan los demás vendedores viajeros. Por lo general, quedan en la misma cuadra de la plaza y el bar.

(Ahí se encontraría con los que en adelante serían una especie de familia flotante. Una familia sin parientes y, por lo mismo, más soportable que cualquier otra.

El vendedor de plásticos chinos.

El vendedor de lapiceras Parker.

El vendedor de colonia inglesa.

Y todos los demás).

Afirmación:

—Todos los pueblos son iguales: unos malditos pueblos de mierda.

Es su naturaleza y contra la naturaleza de las cosas no hay nada que se pueda hacer.

III

Poco a poco, D comenzó a construir su propia epistemología. Y lo primero que hizo fue separar los sucesos de la vida humana en dos grupos: los probables y los improbables.

Era probable que esa semana visitara a diecisiete clientes. Era probable que diez de ellos le hicieran una compra. Y era probable que lloviera, porque era invierno.

Era improbable, y esto D lo repetía mirándose al espejo, que una casa construida en un 80% con productos Kramp se viniera abajo en caso de haber un terremoto o un tornado.

Y era improbable que por haber paro de buses una mujer estuviera haciendo dedo para llegar a la universidad, justo en la esquina por la que pasaría la Renoleta de D.

Fue justamente eso fue lo que sucedió el 13 de noviembre de 1973.

A D le pareció que la mujer era la más hermosa del mundo. Y a la mujer, que hacía un tiempo que no se reía, le pareció que D era hablador y divertido.

Un año más tarde, el 13 de noviembre de 1974, se casaron.

Al salir del Registro Civil, D le pidió a la mujer que lo esperara un segundo y fue a conseguir una servilleta donde anotó lo que acababa de pasar (su boda) en una subcategoría de la clasificación de las cosas que bautizó como «hechos realmente improbables» («todos aquellos fenómenos que nos hacen pensar en la existencia de algún tipo de dios»).

IV

D y la mujer hermosa construyeron una casa con productos Kramp y, tiempo después, tuvieron una hija a la que llamaron M. Yo soy M.

A poco andar, mis padres diseñaron un plan de aprendizaje que me permitió conocer las cosas que un niño —una niña, en este caso— necesitaba para vivir en el mundo.

Así, comencé con una temprana clasificación de las cosas.

El primer año de vida supe, por ejemplo, que hay algo que se llama día, algo que se llama noche y que todo lo que pasa en una vida cabe dentro de una de esas dos categorías.

El segundo año aprendí a mirar por la ventana. Mis padres me dijeron que a lo largo de mi vida ganaría y perdería muchas cosas. No debía preocuparme: el mundo siempre seguiría estando ahí afuera.

El tercer año supe de la existencia de las personas. También usaron la ventana para explicarme que las personas se clasifican en personas de verano y personas de invierno. Sigo sin entender lo que esto quería decir.

El cuarto año de vida salí al patio de mi casa y vi las luciérnagas. Decidí que ese sería un recuerdo propio e inclasificable. Las luciérnagas que no paraban de brillar.

V

A los siete años (era un día primaveral, lo sé porque mi mente tiñe insistentemente ese recuerdo de luz amarilla) escuché por primera vez la historia del alunizaje y su moraleja: con los zapatos bien lustrados y el traje adecuado, todo es posible. Y, creo que para prevenirme sobre la naturaleza de la vida, D agregó que también era necesario tener un poco de suerte.

Esa misma tarde limpié mis zapatos de charol con una escobilla, me puse un vestido verde que combiné con calcetines verdes y decidí que sería la ayudante de D.

Salí al patio, encendí un cigarrillo y aspiré lentamente. Lo había robado de la cajetilla de D, que por las noches se quedaba dormido, fumando frente al televisor.

VI

Había heredado de D una capacidad fuera de lo común para la insistencia. Así que una semana más tarde nos subimos a la Renoleta —que ahora tenía en ambas puertas un logo de los productos Kramp— y partimos a un pueblo vecino.

Cuando llegamos y nos estacionamos al costado de la plaza, D me dio algunas instrucciones:

1. Que sonriera.
2. Que si me aburría podía ir a caminar, sin salir de la cuadra.
3. Que agradeciera si los encargados de la tienda me regalaban un chocolate o lo que fuera.

Y me prometió que si vendíamos o cobrábamos la venta del mes anterior, al final de la tarde iríamos a la cafetería.

Visitamos tres almacenes que vendían los productos Kramp y también chocolates, juguetes, botones, revistas, colonias y paños de cocina. Ya en los primeros viajes pude observar que los objetos, creados para los fines más diversos, establecían en las tiendas de los pueblos una especie de hermandad. Desde ese tiempo me viene la costumbre de buscar en las vitrinas objetos sin relación aparente y pensar que, si la encuentro, tendré un día de suerte (un lápiz de madera estaba conectado con una manilla de metal, porque la manilla, algún día, sería puesta en una puerta. Una puerta de madera. Lápiz-madera, madera-puerta. Suerte).

Esa tarde vendimos trescientos serruchos y cobramos dos ventas del mes anterior.

También me regalaron una revista de puzles y un tarro de piña que agradecí.

Al terminar la tarde fuimos a la cafetería. Y así, comenzamos nuestra sociedad.

VII

Todo lo que siguió fue posible gracias a que mi madre estaba ausente. No porque saliera mucho de la casa, sino porque una parte de ella había abandonado su cuerpo y se resistía a volver.

Tal vez ese fragmento de mi madre era astronauta y había sido en uno de esos viajes al espacio donde se había cruzado con D (que desde el alunizaje tenía la costumbre de mirar al cielo cada tanto) y decidido que su parte que sí regresaría se quedara con él. O mejor dicho, con nosotros.

Pero los aterrizajes no son fáciles, y en el suyo, mi madre había perdido la mitad de la visión del ojo izquierdo.

Por ese punto ciego comenzaría a pasar lo que llamé mi «doble vida».

Una madre entera lo habría notado.

¿La convertía eso en una irresponsable?

Creo que no, creo que más bien la vida había sido un poco irresponsable con ella.

VIII

Comencé a considerar que los viajes, que por lo general duraban un día entero, eran una asignatura práctica que funcionaba como extensión del colegio.

El acuerdo al que habían llegado D y mi madre consistía en que podía ejercer de ayudante solo después de las clases y en vacaciones. Y que sin importar qué día fuera, teníamos que estar de vuelta a las nueve de la noche.

Pero a D los tratos nunca le importaron nada —tampoco a mi madre—, así que la mayoría de las veces pasábamos por fuera de la puerta del colegio y seguíamos rumbo a la carretera.

De tanto escuchar hablar sobre los productos Kramp, comencé a utilizarlos para entender el funcionamiento del mundo y así, mientras mis compañeros hacían poemas a los árboles y al sol del verano, yo homenajeara ojos mágicos, alicates y serruchos.

También inventaba mecanismos como «La Máquina de Sumar», que funcionaba en base a un rectángulo de cholguán, clavos y tuercas (era un ábaco común y corriente, pero yo lo llamaba así: «La Máquina de Sumar»).

Recuerdo que fui de campamento, salimos a mirar las estrellas y, utilizando la Cruz del Sur como referencia, les expliqué a mis compañeros que lo que brillaba a lo lejos no eran estrellas, sino tachuelas de tres pulgadas con las que El Gran Carpintero lo había colgado todo del cielo. También a nosotros.

Lo que quiero decir es que cada persona intenta explicarse el mecanismo de las cosas con lo que encuentra a mano. Yo, a los siete años, había estirado la mía y había dado con el catálogo de Kramp.

IX

Las ferreterías

Toda construcción era una suma de partes, partes unidas por conectores.

D me lo había explicado de la siguiente manera: un edificio, incluso el más grande del mundo, se sustentaba en una estructura unida con tornillos. Lo que era equivalente a decir que:

1. Lo grande y lo pequeño se complementan.

2. Un solo tornillo puede precipitar el fin del mundo, en caso de quedar mal puesto. Ese edificio, que ahora cae en picada, derribará a otro, y este, por un terrible efecto dominó, al edificio vecino. Así hasta terminar con la ciudad, los países y la civilización.

El funcionamiento de los ecosistemas, la ley de causa y efecto, la relatividad, «todo se puede entender mirando los cajones de una ferretería», había dicho D. «Otro tanto con las sierras y los martillos que cuelgan de la pared», había agregado.

Todos los demás

Como lo había anticipado el viejo vendedor, la cafetería y el bar (este último lugar yo no lo visitaba) eran el centro del universo en torno al que giraba el planeta de la venta. Nadie se ponía de acuerdo para ir a esas reuniones. Solamente se sabía que a ciertas horas del día ahí estarían todos, odiando su maldita suerte.

Las cafeterías eran un sol particular, y si alguien hubiera mirado por debajo de la mesa habría visto muchos zapatos negros exageradamente lustrados, maletines y unos zapatos blancos que colgaban de la silla, los míos.

Me gustaba aspirar el humo de sus cigarrillos. Ver a los vendedores pedir un café tras otro.

Escuchar sus mentiras, una y otra vez.

La historia de C

C había matado a una mujer de un infarto al enviarle un cargamento de un millón de agujas. En el pueblo solo vivían mil personas, así que al ver al camión estacionarse frente a su tienda y comenzar la descarga de mercancía, la mujer simplemente dejó de respirar.

Y es que los pedidos nunca eran exactos. Se inflaban. Si alguien encargaba una docena de lo que fuera, era probable que de lo que fuera llegara un poco más. La ventaja de la inexactitud (y evitar firmar cualquier tipo de documento, el pedido en este caso) era una de las primeras leyes de la venta y de la vida.

La historia de las agujas había pasado hace tiempo, pero la repetían hasta el cansancio.

La primera vez que la escuché sentí pena por la muerta pero, al poco rato, se me escapó una sonrisa y luego una carcajada, a la que sumé un aplauso, que se unió al humo y a las carcajadas de los demás.

La historia de F

La historia de F era una historia simple. Había llegado a un pueblo y se había tomado un barril de ron.

F subió al tren, durmió una siesta y, cuando despertó, estaba en el mismo pueblo del que había partido. La hora era la misma, pero el calendario marcaba el día siguiente. Además de un día de vida, F había perdido el maletín y la maleta.

Cada vez que contaban la historia le preguntaban si había pagado o no el pasaje de vuelta. Y volvían a lanzar sus ruidosas carcajadas.

Me gustaba imaginar ese viaje en círculo: un tren con F dentro, viajando infinitamente alrededor de un planeta con forma de barril.

La historia de S

Una tarde, S había salido de un pueblo maldito (siempre decía así: pueblo maldito) y había estrellado su Citroneta contra el puente. Como era de esperar, la baranda cedió y S cayó al río. El golpe fue tan fuerte que la Citroneta se partió en mil pedazos y S quedó inconsciente, flotando a la deriva, sobre una de sus puertas.

Pasaron las horas, o tal vez fueron días, y encalló en la orilla de otro pueblo «que además de maldito era muy pobre». Los lugareños llevaron a S, que seguía inconsciente y durante el naufragio había perdido la ropa, hasta una casa donde intentaron reanimarlo. Como no hubo suerte, lo vistieron con la ropa de un espantapájaros y lo llevaron hasta el único hospital donde, semanas más tarde, recuperó la conciencia.

Cuando llegó a su casa con diez kilos menos y vestido de espantapájaros, su perro no lo reconoció y su tercera mujer se había ido con un farmacéutico. «Porque a un naufragio siempre lo sigue el naufragio siguiente», remataba S, que era mi favorito.

La historia variaba cada vez que S la contaba. La puerta que lo había salvado de la muerte era a veces una rueda o un tronco que de casualidad pasaba por el río. La ropa del espantapájaros una cortina, la ropa de un muerto o un cubrecamas.

X

Los días pasaban y yo dejaba en el maletín de D cartas del tipo:

«Me gusta ser tu ayudante».

Y a modo de firma ponía flores e «insectos de la suerte».

D respondía las cartas con frases como:

«¡Me alegro!».

Y a modo de firma ponía peces y ballenas.

XI

A la familia de los vendedores viajeros a veces se unía un segundo tipo de parientes: los que buscaban viajes gratis.

Dentro de este grupo, los había de dos clases: idealistas que creían en la colaboración y tacaños que estaban dispuestos a hablar todo el tiempo que durara el trayecto, con tal de ahorrarse el dinero que habría costado el pasaje.

Nunca logré clasificar a E en ninguna de las dos, así que decidí ubicarlo al medio.

E era el encargado de proyectar las películas del cine universitario.

Además de proyectarlas, las conseguía y también abría y cerraba el cine. Su quinta tarea consistía en cobrar una entrada que la mayoría no pagaba. Daba lo mismo, porque lo que le importaba a E no era el dinero (el negocio no era suyo), sino que alguien viera la película para poder comentarla.

Y fue gracias a *2001: Odisea del espacio* como D y E se conocieron. D no era especialmente aficionado al cine, pero a veces «necesitaba» ver una película. Así lo explicaba. Generalmente las películas que «necesitaba» ver eran de detectives o boxeadores. Pero ese día, al reparar en la imagen de la nave girando alrededor de la Luna, que anunciaba la película de Kubrick, había tenido una epifanía: él, y no la máquina, giraba en torno a la Tierra. Y vista desde arriba la Tierra era un punto, una tachuela como otras tantas, perdida en esa gran estructura de madera que era la noche de los tiempos. Por un efecto de alejamiento, todo estaba condenado a desaparecer. Desconectarse. Seguir su marcha hacia quién sabía dónde.

Vieron la película tres veces seguidas. Porque esa era otra de las ventajas del cine de E. Si los espectadores querían repetir, se repetía. Para eso E era el administrador y, por lo menos en ese reducto de sillas incómodas, las cosas funcionaban a su manera.

Luego de cerrar el cine fueron a un bar. Y, aunque era mejor no hablar de política, hablaron. Y puesto que estaban en eso, también tocaron la religión.

Al llegar a esa zona de confianza y trascendencia, D le contó de los productos Kramp y E le dijo que su verdadera pasión no era el cine, sino la

fotografía en blanco y negro.

Cuando iban por la tercera botella de vino, E dijo que había un pueblo que le interesaba fotografiar de manera especial, un pueblo fantasma, que quedaba en la ruta por la que cada semana pasaba la Renoleta de D (que vista desde la Luna era un punto que parecía estar detenido sobre una línea recta).

XII

Al poco tiempo, D y yo teníamos algo parecido a un sistema de trabajo.

Al llegar al pueblo lo primero que hacíamos, antes de entrar a cualquier ferretería, era verificar que nuestros zapatos estuvieran brillantes —en caso contrario D tenía una escobilla en la guantera— y encender un cigarrillo. El de la suerte.

Esto último fue un derecho que adquirí al tercer o cuarto mes, cuando D ya había probado la efectividad de mi presencia frente a los mostradores.

—Esto no puede saberlo tu madre.

—Claro que no —decía yo, y dejaba salir por mi boca una pequeña bocanada de humo.

Nos dirigíamos a las ferreterías y la escena era la misma en todos los pueblos, con tres posibles variantes en el escenario: que todo estuviera bien, que todo estuviera más o menos o que todo estuviera mal. Todo dependía del comportamiento que hubieran tenido los productos Kramp desde la visita anterior.

1. Productos despachados y, luego, vendidos sin problemas: todo estaba bien (en estos casos, generalmente D cobraba, vendía y yo recibía algún regalo barato).

2. Productos despachados, pero no vendidos: todo estaba más o menos. Cuando eso pasaba, D decía algún refrán acerca del tiempo: todo es cuestión de tiempo, al mal tiempo buena cara, tiempo al tiempo. Y nos íbamos rápidamente.

3. Productos despachados con variaciones: todo estaba mal. Esto significaba que entre lo que había pedido el encargado y lo que había llegado había diferencias, generalmente introducidas de manera intencional por D. Y es que había temporadas en que la empresa ofrecía incentivos especiales por la venta de algún producto: mayo, mes de las tuercas; junio, mes de los martillos; julio, mes de los atornilladores en cruz. En estos casos, la reacción de los afectados dependía de la cantidad de veces que hubiera ocurrido y de la naturaleza del producto, porque no era lo mismo recibir un excedente de dos

mil paraguas al inicio del invierno que recibir el mismo cargamento al comienzo del verano.

Como fuera, era en este último apartado donde la mayoría de las veces comenzaba mi trabajo. Porque una cosa era decirle a alguien con un maletín sujeto a una de sus manos que era un sinvergüenza, y otra decírselo si con la otra mano me sujetaba a mí.

Y yo no hablaba, solo miraba intensamente al encargado.

En algún teatro de otra vida había aprendido diferentes tipos de mirada: la mirada indiferente, la mirada dulce con un dejo melancólico, la mirada de aburrimiento y desesperanza. El último recurso era la mirada al borde del llanto. Y esa era la más intensa de todas. Si el encargado se detenía en mis pupilas, en lugar de encontrarse conmigo, se encontraba con todas las posibles formas de la fragilidad: el hambre en el mundo; las esculturas de hielo que, luego de tanto esfuerzo, terminaban volviéndose agua; la perra Laika que daba vueltas, vueltas y más vueltas en una noche infinita. Todo había ido a vivir dentro de esos círculos oscuros y minúsculos. Porque esa era la naturaleza de la vida: ser oscura y minúscula. Usted lo sabe, lo sabe D, lo sé yo a mis cortos siete años y usted, qué hace usted, insultarlo por un exceso de clavos y tuercas. Termine de una vez, termine con este sinsentido, termine con todo esto.

Lo pensaba pero no lo decía porque era consciente de que cualquier palabra podía romper el efecto dramático y esa tensión que en pocos meses había aprendido a manejar.

Íbamos y veníamos por las carreteras. Y cuando llevábamos alrededor de un año —más o menos la mitad de lo que duraría mi carrera— le pedí a D una comisión acorde a mi talento. Era lo justo, si consideraba que me esforzaba cada día, ya fuera practicando frente al espejo o experimentando con mis amigas del colegio, a quienes, utilizando el mismo método silencioso, retiraba una amistad que luego retornaba a cambio de un sándwich o alguna revista.

Antes de seguir debo aclarar que lo mío no tenía solo un interés material. Era también un temprano afán de descubrir las debilidades del corazón humano, una búsqueda de justicia.

Pensando en lo que había aprendido en mi clase de matemáticas, continué:

—Quiero mi parte, una décima parte.

—Olvidalo.

No tenía muy claro cómo seguir dividiendo, así que respondí:

—Entonces quiero siete pesos de cada cien que ganes.

—Olvidalo.

—Cinco pesos de cada cien pesos o no vuelvo a ir contigo nunca más.

Recuerdo que estábamos en una cafetería, que D levantó los ojos de las tarjetas amarillas en las que anotaba los pedidos y que me miró, evaluando la veracidad de mis palabras y pasando una rápida revista mental a la situación de la infancia en el mundo. Aceptar mi trato lo convertía en el empleador de un niño y el trabajo infantil hacía un buen tiempo que estaba prohibido. Pero también estaba Einstein, que le había dicho al mundo eso de que todo era relativo. Y no lo habíamos entendido, pero algo nos había quedado del título.

Era cierto que yo no podía regresar con dinero a mi casa, porque habría llamado la atención de mi madre que, tirando el hilo de la madeja, llegaría a mis inasistencias al colegio y a la irresponsabilidad de D.

No podía regresar con dinero a mi casa pero:

—Haremos un trueque.

—Y eso qué es.

—Que no te daré dinero, pero cada vez que vendamos más de cien mil pesos te compraré algo.

—Dale, acepto.

En el viaje que siguió a mi negociación vendimos una promoción de brocas. Hermosas brocas, muchas, muchísimas brocas, brocas para llenar un pueblo entero, el mundo entero y me parecía a mí que incluso una galaxia.

Lo primero que quise fue un maletín igual al de D, pero amarillo. Lo había visto en una juguetería.

Cuando fuimos a buscarlo ya no estaba, pero a modo de consuelo D me compró un maletín de enfermera. Un maletín plástico, con una cruz blanca en el centro, que comencé a usar cada vez que salía a trabajar con D, y que le dio aún más efectividad a mi personaje.

Al poco tiempo al maletín se sumó un conjunto de muñecas vestidas con el traje típico de sus países, un abrigo verde con un prendedor, un termo amarillo de Mickey Mouse, una visera reversible, un chaleco inflable y una decena de cosas que fui anotando, bajo el concepto «PAGOS», en la libreta que siempre llevaba conmigo.

A mis casi ocho años había descubierto que D no era gran cosa como padre, pero era un excelente empleador.

XIII

A la semana siguiente de ver el rotativo de *2001: Odisea del espacio*, D pasó nuevamente por el cine.

Y le dijo a E:

—Ese pueblo al que quieres ir no está en la categoría de los territorios conquistados ni en la de los territorios por conquistar, pero puedo llevarte mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tiene ferretería.

—¿Y entonces?

—Tú no te preocupes. Estaré tocando la bocina, mañana a las diez en punto.

Aunque en realidad, mirándolo en reversa, era D el que debería haberse preocupado. Pero como no lo hizo, a las diez en punto lo pasó a recoger y lo dejó en la plaza del pueblo fantasma, al que lo llevaría muchas veces durante los meses siguientes.

Mientras E sacaba sus fotografías y hacía sus averiguaciones, D iría a llenar de cerraduras y tuercas el pueblo de al lado. Al terminar, pasaría a recogerlo.

Durante el trayecto de vuelta hablaron de cualquier cosa y, entre esas cosas, E le comentó a D que un periódico extranjero estaba interesado en sus fotografías.

Y como para D el extranjero era algo que quedaba demasiado lejos, cambiaron de tema y hablaron de la película que darían en el cine la próxima semana: *Matar a un ruiseñor*, protagonizada por Gregory Peck.

XIV

La venta, como todo trabajo, era un sistema de sobrevivencia. Y como la mayoría de esos sistemas, no alcanzaba para que un ser humano sobreviviera hasta fin de mes sino hasta, más o menos, el día quince. De ahí en adelante, ese ser humano estaba obligado a recurrir a sus amigos, a los cheques a treinta días, a la casa de empeños o a los prestamistas. Esto último solo en caso extremo. Le pasaba a todo al mundo, y a D.

A las estrategias mayores se sumaban estrategias de menor escala, sistemas que, sumados, colaboraban con el objetivo mayor: sobrevivir.

Estos trucos se ejecutaban todos los días y tenían leves variantes, según los oficios. En el caso de la venta funcionaban más o menos así:

Las boletas

Este sistema era ejecutable en cafeterías, restaurantes e incluso hoteles. En estos últimos era donde valía realmente la pena. Era muy simple: en el detalle de la boleta pasabas dos cafés por uno, dos almuerzos por uno, dos alojamientos por uno. La empresa pagaba los gastos tuyos y, sin saberlo, también los de tu acompañante.

Como se necesitaba de la complicidad de las partes, generalmente se hacía en cafeterías, restaurantes y hoteles frecuentados por vendedores.

Había quienes refinaban estos sistemas. Recuerdo un hotel que paralelamente tenía una tienda de ropa. Suéteres, abrigos, botas, camisas y corbatas pasaban dulcemente camufladas bajo el concepto de tres días de alojamiento, cuando en realidad solo había sido uno.

Salíamos del hotel abrigados y triunfantes. No era un robo sino un minúsculo botín de la pelea que cada ser humano libra contra el sistema que lo oprime. Lo habían pensado los intelectuales que, desde una cafetería, observaban a los trabajadores del mundo. Nosotros, que estábamos en otra cafetería, no lo habíamos pensado, pero lo sabíamos en el fondo de nuestro,

también minúsculo, corazón. No era un robo. Y si lo era, tampoco nos importaba.

Los peajes

El sistema de devolución de los gastos tenía un problema de base: había que rendirlos.

Cada semana D estaba obligado a enviar una planilla, en la que se detallaban boletas de hoteles, restaurantes y —aquí venía el punto más complejo— peajes.

Porque existía un circuito de hoteles y restaurantes dispuestos a falsear boletas, pero conseguir que un sistema de concesión de carreteras estuviera a nuestro favor, simplemente, estaba fuera de toda posibilidad.

Lo que hacíamos, si queríamos justificar un viaje que no habíamos hecho, era simple: la próxima vez que pasábamos por el peaje, estacionábamos el auto en la orilla de la carretera y buscábamos los comprobantes de pago que otras personas, que viajaban sin rendir gastos, tiraban por la ventana.

El procedimiento se realizaba de manera cuidadosa. No podían pasar más de uno o dos días desde el peaje que se quería justificar y el día en que efectivamente pasabas a buscarlo, porque los comprobantes de pago o se habían ido volando por la carretera o estaban en mal estado producto del sol del verano o la lluvia de invierno.

Tampoco convenía acercarse mucho a la carretera. Esos papeles solo se buscaban en la orilla, de lo contrario corrías el riesgo de que un auto te pasara por encima. Si así hubiera sido, realmente habría sido imposible explicarle a mi madre qué hacía yo, en un día de escuela, cazando papeles al borde de la vía. Era una madre ausente, pero tampoco teníamos que abusar.

Seguro no habría comprendido ni lo del trueque ni lo del sistema paralelo de educación porque, como decía D, mi madre era una persona sensata, y si no lo era, sí era lo más cercano que conocíamos a la sensatez. Porque mi madre era una mujer hermosa y la verdad, la bondad y la belleza eran una misma cosa. «Lo dijo la filosofía escolástica y también las *Selecciones del Reader's Digest* de la semana pasada», continuó D. Pero yo ya había dejado de ponerle atención.

XV

El día que conocí a E —el fotógrafo— se subió al asiento del copiloto. Recuerdo que habló algo sobre las hileras de álamos que se formaban en esos senderos que salían de la carretera y que dijo que una buena fotografía en blanco y negro era la que mostraba toda la gama de grises que cabía entre ambos. La luz hacía aparecer los objetos o los hacía desaparecer.

La luz.

Nos hizo parar y bajó a fotografiar los álamos, porque E, a diferencia de nosotros, parecía tener todo el tiempo del mundo.

D y yo aprovechamos esa pausa para encender un cigarrillo. E era una de esas personas cuya sola presencia parecía decirle a los demás que podían actuar con total naturalidad. Esa clase de personas que no espera ni que llegues a la hora ni que, cuando por fin llegas, digas algo importante. Esa clase de personas que desconfían del orden y que, por lo mismo, llevan, ahí donde van, un poco de caos.

Cuando por fin fotografió los árboles, E me mostró su cámara fotográfica. Era una Canon FTb, la misma que los reporteros habían utilizado para registrar la guerra de Vietnam.

La luz que hacía aparecer los objetos o que los hacía desaparecer.

El rastro.

Eso era lo que E quería atrapar.

—Con esta cámara cazo fantasmas.

—¿Y cómo son?

—Blancos y cubiertos con una sábana que tiene agujeros para mirar.

Lo que no sabía E es que pocos meses más tarde también él sería uno. Por esa época las ciudades estaban llenas de ellos.

E lo sabía, E los estaba buscando, E los llamó y luego se uniría a su familia.

Recuerdo que ese día lo dejamos en el pueblo y que por la tarde pasamos a buscarlo para ir de vuelta a la ciudad.

—¿Encontraste muchos?

—¿Muchos qué?

—Fantasmas.

—No, hoy no hubo suerte.

—Será para la próxima.

—A ver, aunque creo que encontré uno, mira para acá: clic.

La fotografía que me sacó E, y que me entregó al viaje siguiente, es uno de los pocos recuerdos que conservo de esa época. Estoy en el asiento trasero de la Renoleta, sonriendo y abriendo los ojos exageradamente.

Una foto en blanco y negro, con toda la gama de grises que cabe entre ambos.

XVI

Los destinos de los vendedores viajeros eran ciudades y, principalmente, pueblos.

Estos funcionaban como campamento base, cuyo corazón estratégico era el hotel. Una vez instalados, emprendían —emprendíamos— desplazamientos que tenían como finalidad la conquista de los territorios aledaños. Éramos colonos y queríamos convertir a los salvajes a la religión de los productos Kramp, de los lápices Parker, la colonia inglesa o los plásticos chinos, según el caso.

Mientras más de esos territorios vírgenes hubiese, tanto mejor: los pueblos recuperaban su virginidad de manera espontánea cada treinta días, tiempo que coincidía más o menos con la periodicidad de las visitas de los vendedores.

Este tipo de expediciones eran más estrictas y durante esos dos años solo logré realizar unas cuatro o cinco, debido a que podía emprenderlas únicamente en vacaciones. Y es que una niña de ocho años, por regla general, no puede dormir fuera de su casa sin dar una explicación razonable.

Lo que sí podía hacer era faltar al colegio —cada vez más seguido— y regresar a mi casa como si nada, gracias a la iluminación que había tenido D: «La mayoría de las veces los problemas complejos requieren soluciones asombrosamente simples».

Así que hicimos una libreta de comunicaciones falsa que firmaba D (inasistencias) y que coexistía con la libreta de comunicaciones verdadera, esa que firmaba mi madre (citas a reuniones, visitas al museo, clase en la granja). Según la circunstancia, yo debía pasar la una o la otra.

—No puedes equivocarte de libreta.

—Claro que no.

Aunque lo mismo hubiera dado. Con treinta alumnos en la clase era casi imposible que la profesora tuviera energía para memorizar el hilo narrativo de las libretas. Y mi madre, mi madre era una persona taciturna. Aunque ahora que lo pienso bien, no era taciturna. Simplemente estaba triste y la tristeza no le permitía poner atención a los detalles.

Cada carretera, pueblo y ciudad ocupó un lugar en la educación paralela sobre el funcionamiento de las cosas. Porque si bien había una cosmogonía central, asociada a los productos Kramp, D agregaba nuevos elementos cuando mi necesidad de comprensión así lo requería.

La relación entre el tiempo y el espacio, por ejemplo.

—¿Te acuerdas de que te conté la historia de R?

—¿El que se hizo pasar por muerto?

—No, el que trabajaba en el municipio y usó el presupuesto de ese año para construir una pista de aterrizaje de avionetas, en la que, por supuesto, nunca aterrizó ninguna.

—Me acuerdo. Había planeado la estafa desde niño. Sus compañeros de escuela testificaron diciendo que pasaba el día haciendo aviones de papel.

—Ese mismo. Ahora piensa, si eso hubiera sucedido en una ciudad, ¿cuánto tiempo habrían estado contando la historia?

—Semanas.

—¿Si hubiera sucedido en un pueblo?

—Meses.

—¿Y si hubiera sucedido en un pueblo chico?

—Años.

—Exacto, exacto.

Continuamos el viaje en silencio y luego de que la Renoleta avanzara más o menos un kilómetro, le dije a D que también había una cuarta opción:

—Si el pueblo fuera muy muy muy chico se quedarían contando para siempre la historia de R.

D dijo «es probable», y medio kilómetro más adelante agregó que la física aún no encontraba una explicación para ese fenómeno en particular, porque tampoco la había encontrado para la existencia de ese tipo de pueblos.

A la relación entre tiempo y espacio se sumaron la teoría de la evolución de las especies, la expansión del universo e incluso algunas nociones básicas de física y teología.

Mi comprensión del mundo se expandía como una esponja, si a eso se sumaba todo lo que iba escuchando en los mesones de las ferreterías, en las cafeterías, los hoteles.

Cuando, años más tarde, narraba a mis amigos esos recuerdos, intentaba dejarles claro que D no había sido un inconsciente —así lo llamaba mi abuela materna: «el inconsciente»— sino un pionero de la pedagogía sistémica.

XVII

Un par de veces, mientras D cobraba, acompañé a E.

No, fotografiar fantasmas no era como fotografiar personas.

A los fantasmas tardabas mucho tiempo en encontrarlos. Tenías que hacer preguntas, llamadas desde teléfonos públicos y hablar con personas que tenían miedo de decirte lo que sabían.

«Cuando un fantasma se contrae, se convierte en un hueso.

»Y si se contrae más aún, se vuelve polvo.

»Hay que encontrarlo antes de eso», me explicó E.

Y cuando terminó la frase por primera vez tuve una sensación extraña, que definí como sensación de agujero^[1].

XVIII

El día en que E —el fotógrafo— conoció a mi madre, se produjo un silencio raro.

Era fin de semana y E había pasado por nuestra casa para llevarle a D una antigua máquina de proyectar películas. Pero por más que lo intentaban, no lograban ponerla en marcha.

Así que para que E no perdiera el viaje, D lo invitó a almorzar.

Fue entonces cuando entró mi madre, que había estado podando el magnolio del jardín.

Cuando D los presentó, E y mi madre se miraron con una mirada familiar. También triste.

—Nos conocemos —dijo mi madre.

—Teníamos un amigo común en la universidad —agregó E.

A partir de ahí, todo fue extraño. Sirvieron el almuerzo, pero E no habló ni de las fotografías ni de los fantasmas, y mi madre, que siempre parecía estar en otro planeta, esta vez parecía estar esforzándose por llegar a otra galaxia.

Yo, que ya estaba acostumbrada a salvar situaciones incómodas —entre el mesón de la ferretería y la mesa de mi casa no había gran diferencia—, intuí que lo único que en ese momento nos unía y, por lo tanto, nos podía salvar era la película que habíamos visto en la televisión el día anterior. La habíamos mirado mi madre y yo, y al llegar, cuando la película ya terminaba, D había dicho que también la había visto. E había visto muchísimas películas, así que seguro que también la conocía.

Comencé a comentar *El puente sobre el río Kwai*.

Cinco minutos después todos estábamos comentando *El puente sobre el río Kwai*.

D y E comenzaron a hablar de la segunda guerra mundial y de los chinos (en mi cabeza de esa época los japoneses y los chinos habitaban un mismo país) y todavía nos quedó tiempo para silbar la canción de la película.

En eso estaba cuando, mirando el plato de sopa de espárragos, tuve una epifanía, la primera de mi vida.

Del plato salía un hilo de vapor y se transformaba en un fantasma del tamaño de mi pulgar. A ese primer fantasma lo seguía un segundo, un tercer, un cuarto fantasma.

La caravana brotaba de la sopa y se movía por encima de la mesa, intentando comunicarse con el más acá. Pero no lo lograban. Pobres.

Cuando al salir del trance comenté mi extraña visión, mi madre rompió a llorar y E dijo que ya era hora de irse.

D, que no encontró en el catálogo de los productos Kramp ninguna posible asociación para comprender lo que estaba pasando, le dijo a E que no había problema pero que por favor le dejara la máquina de las películas.

Mi madre se encerró el resto de la tarde en la habitación, y D y yo nos quedamos en el comedor.

—¿Si arreglamos la máquina cuál veremos? —pregunté.

—Una de piratas.

—Dale —dije simulando un exagerado entusiasmo y abrazando a D, en un gesto inusual de cariño, a los que ni él ni yo estábamos acostumbrados.

A las epifanías, como lo comprobaría a lo largo de los años, seguía casi siempre una revelación, y ese día yo había comprendido:

Que D estaba solo.

Que yo estaba sola.

Que la vida era un lugar solitario.

Y que eso entraba dentro de la categoría de «Las Cosas que Eran Simplemente como Eran».

Así que dejé que D continuara con la máquina y me fui a mi habitación a seguir con la lectura de mis historietas.

XIX

En las tiendas de pueblo no había desorden, sino un orden dinámico. No había que ser muy listo para entender su verdadera naturaleza: las tiendas de pueblo eran sistemas protoanarquistas.

De lo simple a lo complejo:

Tiendas en las que los objetos se agrupaban de acuerdo con una única naturaleza (solo paraguas, solo sombreros, solo tabaco).

Tiendas en las que los objetos se ordenaban de acuerdo con criterios espaciales (todo lo que cabía entre un alfiler y una máquina de cortar pasto, de derecha a izquierda).

Tiendas en las que los objetos se agrupaban de acuerdo con una secuencia numérica aún sin descifrar (mostradores que exhibían siete tenedores, quince camisetas, dieciocho baldes plásticos, y así).

Esta última categoría era la que más llamaba mi atención, porque pensaba que si descubría esa secuencia, me acercaría un poco más a la comprensión de las clasificaciones con las que El Gran Carpintero ordenaba el universo.

Como fuera, las diferentes tiendas ilustraban las posibilidades que, en materia de asociación, era capaz de alcanzar el cerebro humano.

La zapatería

De todas, mi preferida era la zapatería de un inmigrante alemán, que había escapado de una guerra y que, mientras corría, había observado:

1. Que el enemigo está obligado a ingresar al campo de batalla a través de un espacio.

2. Y que ese espacio está sujeto a un tiempo determinado.

Lo que era equivalente a decir que si se lograba detener el avance del tiempo, se detenía el avance del enemigo.

Orgulloso de su descubrimiento, el alemán, que era hijo y nieto de zapateros, había trabajado duro para juntar el dinero suficiente para continuar,

en la nueva tierra, con el negocio familiar. Tras la inauguración, a la que asistió todo el pueblo —menos el dueño de la verdulería, que era inmigrante inglés y odiaba a los alemanes—, se había abocado a su objetivo central: detener el tiempo.

El mecanismo era simple: en su zapatería solo se vendían zapatos de finales de los cuarenta, tiempo de paz.

Había comprado muchos, tantos, que para cuando se le terminó ese primer cargamento, ya había logrado instruir a unos talabarteros en la fabricación de modelos de época.

Los vendedores viajeros, cada vez que visitaban el pueblo, pasaban por la tienda a pedir zapatos modernos, solo con la intención de escuchar gritar al alemán en contra de la guerra.

También D y yo íbamos de vez en cuando.

Y el día en que vendimos un cargamento de máquinas para cepillar madera del que nos había costado mucho deshacernos, a modo de celebración, fuimos y compramos dos pares de zapatos: de charol negro con suela de madera para mí y *oxford* con cordones para D.

Nos los pusimos inmediatamente, dejamos los viejos en un basurero a la salida de la tienda y nos fuimos caminando con unos zapatos que podían detener el avance enemigo.

Tiendas especiales

También había tiendas especiales. Tiendas que, para la medida de los pueblos, eran grandes. Lo más parecido que conocían a un supermercado.

Si vendías en una de ellas, el cargamento ocupaba un vagón entero del tren. Eso decían. Y para llenarlo, la venta tardaba un par de días.

No iba un solo vendedor, sino varios al mismo tiempo.

La del turco era famosa. Porque no solo se trataba de mostrar los catálogos y las muestras. También había que ser capaz de hablarle al anfitrión durante cincuenta y ocho o setenta y dos horas casi seguidas. Dormían por la noche, en las habitaciones de la casa, que, a su vez, era una continuación de la tienda. Y a la mañana siguiente, con una resaca que al único que no parecía afectar era al dueño de casa, retomaban el relato de la noche anterior.

Preparaban las historias durante los días previos. Porque si el turco pasaba una buena velada, les compraba a todas cantidades inmensas. Si no se divertía, compraba solo lo necesario, que igual ya era bastante.

Tampoco importaba tanto, porque durante lo que duraba la venta maratónica, comían y bebían como si estuvieran dentro de las mil y una noches.

Solo algunos estaban invitados. El dato se pasaba en los cafés. Si iban, podían considerarse verdaderos vendedores. Y si llenaban el vagón del tren, verdaderos héroes de una guerra mitad pagana y mitad religiosa.

Cuando, quince días más tarde —lo que tardaba el pedido en ser despachado—, el cargamento pasaba por la vía que corría cercana a la carretera, los vendedores tocaban sus bocinas.

Era un sonido hermoso, que solo los elegidos del cielo de la venta podían entender.

XX

D había leído en alguna revista eso de que un trabajador feliz era un trabajador más productivo y comprometido con el negocio. Así que de vez en cuando, en lugar de salir a visitar ferreterías, pasábamos al cine de E, el cine de la universidad. Íbamos por las mañanas y no a la hora de la función abierta al público (lunes a jueves rotativo desde las 16:00. Miércoles popular), de modo que el cine siempre estaba vacío.

Creo que D y E nunca se pusieron de acuerdo para estas visitas. Íbamos y E simplemente estaba ahí. Nos acomodábamos en medio de la sala, se apagaba la luz y comenzaba, primero el sonido del rollo y, dos o tres segundos después, la película.

En lo que duró esa forma de retribución a mi temprano compromiso con el oficio, recuerdo que alcanzamos a ver:

Especial Charles Chaplin (dos veces).

Luna de papel (dos veces).

El globo rojo (tres veces).

Y un extraño cortometraje animado llamado *El castillo de arena* (una vez), que nunca volví a ver ni escuché nombrar. Tal vez me lo imaginé.

Como fuera, con todas esas películas llorábamos, nos secábamos las lágrimas y nos sonábamos ruidosamente, utilizando dos pañuelos blancos perfectamente planchados, que D llevaba siempre en su bolsillo: uno para él, otro para mí.

Impulsados por el sentido dramático con el que nos enfrentábamos a las películas —y a la vida—, pedíamos repetición, utilizando un método de mi invención que consistía en chiflar y gritar «vuelta el telón».

La frase escapaba a la lógica y la gramática, pero E comprendía que lo que tenía que hacer era poner la película otra vez.

—Ninguna molestia, al contrario, en estos tiempos se agradece un público entusiasta —decía.

Fue al salir de ver por segunda vez *El chico* cuando vimos de lejos a mi madre.

Estaba en uno de los patios, junto a un grupo de gente que conversaba seria y disciplinadamente. La reconocí por la chaqueta de cuero y la mochila con la estrella roja.

¿Qué hacía mi madre ahí?, mi madre, que hacía años había dejado la universidad.

¿De qué hablaba mi madre con ese grupo de personas?

¿Quiénes eran esas personas?

Existía la posibilidad de que mi madre, esa figura que miraba desde lejos se parecía a una de mis muñecas, también nos hubiera visto y agregara al listado otra pregunta:

¿Qué hacíamos ahí nosotros en un día de trabajo para D y de escuela para mí?

Llegando a ese punto, teníamos tres opciones:

Primera: seguir agregando preguntas al listado: ¿qué hacía el ser humano en la Tierra? ¿Cuál era el sentido de la vida?

Segunda: hablar con mi madre e intentar encontrar, juntos, una respuesta. Pero una respuesta nos habría obligado a poner encima de la mesa algunos detalles sobre mi educación paralela y sobre los amigos desconocidos de mi madre.

La tercera opción consistía en olvidarlo todo. Tal vez no era mi madre, sino una mujer muy parecida a mi madre, con los gustos de mi madre, que incluso usaba la misma ropa de mi madre, pero que era otra.

Voto por la tres. No lo dije pero lo pensé.

Voto por la tres. D no lo dijo, pero lo pensó.

Dale, acordamos, en el espacio silencioso que sostiene la amistad. Porque a esas alturas D era mi empleador y también era un amigo de esos que saben que, la mayoría de las veces, más vale un buen silencio que un buen consejo.

Así que cruzamos rápidamente el patio de la universidad, D con su maletín de cuero negro y yo con mi maletín de enfermera.

Al entrar a la Renoleta encendimos cada uno un cigarrillo. Y creo que en una señal de reconocimiento a mi temprana comprensión de las complejidades del ser humano, D me enseñó a hacer argollas de humo.

Pequeñas argollas que cruzaron la ciudad, se expandieron y se disolvieron allá a lo lejos.

XXI

Nos convertimos en un modelo que comenzó a analizarse en «el sector».

Nos hacían preguntas, e incluso hubo vendedores que intentaron convencer a sus hijos de que los acompañaran, sin éxito, por culpa de madres inseguras y sobreprotectoras.

Fue entonces cuando a S, ese Moisés de la venta, se le ocurrió la idea de arrendarme. Y no parecía mala idea.

Lo explicaba así: D y él tenían distintos rubros: ferretería y perfumería, respectivamente. Yo podía acompañarlos a ambos en un mismo viaje, cambiando ligeramente mi aspecto. Nada sofisticado, un simple sombrero sería suficiente. Él mismo lo compraría. Nadie notaría que por la mañana sería la hija de uno y, por la tarde, la hija o sobrina del otro.

Solo se requería coordinación y algo de flexibilidad, esta última corría por parte mía.

De lo que S ganara por las ventas que hiciera en mi compañía, nos daría una comisión.

Yo escuchaba el plan con mucho interés, imaginando el nuevo sombrero y la comisión. D me pagaba cinco pesos por cada cien de ganancia en su sistema de trueque, pero, tomando en cuenta el esfuerzo extra y mi creciente poder frente a los mesones, estaba segura de que esta vez podía lograr diez de cada cien en dinero real.

—Claro que no —dijo D. Y pensó en los samuráis.

Lo lógico habría sido que pensara en los señores feudales, pero tal vez porque seguía obsesionado con reparar el proyector de películas —marca Fuji Photo Film—, pensó en los samuráis, al mismo tiempo que agregó:

—Por ningún motivo.

En toda comunidad basada en ideales había un código de honor, normas de funcionamiento, «prin-ci-pios». Y en esta última palabra D puso un énfasis, una cadencia especial.

Luego se lanzó en un discurso de cómo la violación de un código de honor, si este era efectivo, independientemente de que fuera o no honorable,

podía costarle al infractor no solo la reprobación por parte de los demás miembros de la comunidad, sino que peor aún: la expulsión.

S y yo lo mirábamos silenciosos, sin entender hacia qué puerto avanzaba ese barco.

—Puede acompañarte, pero de dinero ni hablar —había rematado D.

Habría podido protestar, pero sabía que en la sociedad de la venta, a pesar de mi buen desempeño, aún no era considerada un verdadero samurái. Era un pequeño samurái, que defendía un pequeño castillo, capaz de cometer un pequeño harakiri. Nada más, pero tampoco menos. Los tres teníamos claridad sobre ese último punto y, por el momento, con eso debía bastarle a mi diminuto honor.

Guardé un silencio estoico (solo me delató una leve patada que le di a una silla desocupada), pero no pude evitar que mi mirada de rabia se encontrara con la mirada de felicidad de S. Fue en ese punto exacto donde ambas miradas se neutralizaron.

Es que, en el fondo, sentía por S una especie de cariño.

—¿Cuándo comenzamos? —pregunté, olvidando mi comisión y recobrando el profesionalismo.

—Mañana mismo —dijo S.

—Tengo una fiesta de cumpleaños en el colegio —dije yo.

—Entonces pasado mañana —dijo D.

—Bien —dijimos S y yo al mismo tiempo.

Y tomamos esa sincronía como una señal de que el trato quedaba cerrado.

XXII

Los trayectos que más me gustaban eran los de vuelta. Y no era porque al terminar la carretera quedara mi casa, sino por el efecto lumínico que se producía al final de las tardes y que lo simplificaba todo. A esa hora, el mundo se parecía a la maqueta que había visto en una de las tantas ferreterías que visitábamos.

Alguien recortó los árboles y los puso en esa línea recta a la que por convención llamábamos la carretera, alguien talló una casa y la puso ahí (había usado una tijera de acero y una gubia). Y siguiendo ese razonamiento, al que me impulsaba la luz, alguien nos modeló a nosotros y nos puso ahí.

Gran Carpintero, pronuncié en voz baja, como si hubiera querido molestar a alguien que estuviera un poco sordo.

XXIII

Comenzó mi doble jornada y el aumento de las horas laborales fue proporcional a mis ausencias en el colegio.

D se adelantó a la posible inquietud de mis profesores y, para impedir que llamaran a mi madre, inventó la enfermedad de una de mis abuelas, la materna. Era una segunda madre para mí, teníamos un lazo especial (marca Kramp, grosor 12 mm) y yo quería disfrutar al máximo su último tiempo en la tierra. Él lo entendía y el colegio, el colegio también lo entendía, cómo no. La relación de abuelos y nietos había sido bendecida especialmente por el dios de los cristianos y el colegio era católico.

Así que libre de presiones institucionales, comencé a vivir mi oficio con mayor libertad.

Tres días a la semana —la falsa abuela vivía en otro pueblo— faltaba al colegio y dividía mis tiempos por rubro: mañana ferretería, tarde perfumería y cosméticos.

No podía acompañarlos en los viajes largos (seguíamos sin encontrar la forma de justificar ante mi madre la posibilidad de dormir fuera cuando no estaba de vacaciones), pero tres días de cinco, ganados al colegio, ya era un paso casi tan importante como el de los astronautas.

Perfumería y cosméticos

Vamos a ver a este ladrón hijo de puta, decía S antes de entrar a cada perfumería, frase que experimentaba una leve variación —maldita prostituta— en caso de que la administradora o dueña del local fuera mujer.

Por el fervor con el que repetía estas palabras, cada vez que visitaba un cliente, S, más que maldecir, parecía estar pidiendo permiso a un dios tan mal hablado como él para comenzar con la labor. Y la labor consistía en vender champús, cremas para manos, acetona líquida, esmaltes, sombras y lápices labiales.

S tenía su propia forma de hacer justicia que, en este caso, consistía en agregar un porcentaje extra a los precios que le daba la compañía. Lo mismo daba, los dueños eran unos chinos imbéciles que no miraban las facturas, porque esos chinos de mierda ni siquiera sabían leer.

S lo explicaba todo en términos simples y directos. Tenía esa virtud.

La mecánica era más o menos la misma. Entraba a las tiendas con mis zapatos brillantes, mi maletín plástico, el sombrero que S me había comprado, y le lanzaba una mirada al encargado.

Había algo en el corazón del otro —el otro era el encargado— que yo sabía captar. Un fino tejido hecho de leves dolores y triunfos diminutos, cuando no inexistentes —bastaba mirar la calle polvorienta, el mesón—, que se quedaba para siempre adherido a las pupilas. Pocos lo sabían. Yo era uno de esos pocos. Y era ese el motivo por el cual ensayaba frente al espejo las miradas fijas, ese infalible mecanismo de conexión.

Yo no vendía, lo que hacía era practicar una sofisticada gimnasia mental.

Y funcionaba. Porque los encargados, esas personas, veían en mí su propia debilidad y, entonces, bajaban la guardia.

Por otro lado, S dejaba de ser un simple hijo de puta —algo en mí se sigue mimetizando con S cuando lo recuerdo y se sigue encomendando a su dios maleducado— para convertirse en un hijo de puta capaz de sentir preocupación por «la hija de su hermana enferma».

Las facturas se iban cobrando y los champús, las cremas para manos y las acetonas líquidas iban encontrando su lugar en el mundo.

S no tenía ningún problema en desconocer los acuerdos y darme en efectivo mi porcentaje de la venta. Un 1% de la ganancia. Era poco, pero era dinero de verdad, un dinero secreto que al final del día, y luego de sumar con su calculadora, S me entregaba en un sobre.

La mecánica era una mecánica celeste, como sombra de ojos.

XXIV

Con S aprendí que la vanidad es un buen negocio y tuve mis primeros acercamientos a la teoría de los universos múltiples. Porque había una vida paralela en la que S tenía otra mujer y otro hijo, de la misma edad del que tenía con la esposa que yo conocía.

Estábamos tomando un café, cuando S recibió el telegrama de un remitente que lo conocía lo suficientemente bien como para saber que debía poner la cafetería como destino.

Hija de la gran puta, había dicho S, y luego me había explicado que, antes de llegar al pueblo donde iríamos esa tarde, tendríamos que hacer dos paradas.

La primera fue en una perfumería por la que ya habíamos pasado, donde S pidió que le pagaran una factura antes de que las sombras, los lápices labiales y la gomina se depositaran en sus respectivos estantes. A pedido de S, tuve que actuar con más dramatismo del habitual y hasta fingí un desmayo cuando S nombró a su hermana, mi supuesta madre enferma.

La tristeza nos desvanece, había dicho, mientras me levantaba y contaba los billetes.

Segunda parada: nos detuvimos frente a una casa. S sacó el sobre con el dinero y lo puso en su bolsillo.

—Espérame aquí —dijo.

Una mujer abrió la puerta, S entró y al rato se asomó por la ventana un pequeño S.

Nos miramos y nos saludamos con la mano.

Había dos opciones: o la puerta que había atravesado S era un pasadizo hacia el pasado, y en ese caso el niño que me miraba desde la ventana era S cuarenta años atrás, o S tenía un hijo que no era ninguno de los hijos que yo conocía (esos hijos estaban en mi colegio).

Al rato, una pequeña mano tocó la puerta de la Citroneta y me ofreció un vaso de jugo.

Cuando le devolví el vaso vacío, el niño se asomó a la ventana, metió por ella la mitad de su cuerpo y me abrazó.

Durante lo que duró ese abrazo fingí ser la hermana que él nunca conocería. Yo fingí, el niño fingió, S fingía: el mundo era un teatro ridículo.

Lo miré volver a su casa y supe que a veces es mejor dejar las cosas pasar. Así que cuando S salió dando un portazo, al que siguió un florero que salió proyectado desde el interior de la casa, subió al auto y se encontró con mi más absoluto silencio.

El silencio fue tan notorio que pasamos por una gasolinera y, tras cargar el estanque, S bajó a comprarme un helado.

Decidí guardar lo que había visto en el territorio de «lo que tal vez me imaginé» y, como no podía quedarme callada para siempre, puse como tema de conversación un juego que había aprendido en clases de matemáticas y que estaba perfectamente diseñado para hablar sin decir nada.

—Suma un número del 1 al 9 y multiplícalo por 9.

—Bien.

—Ahora suma los dos dígitos, réstale 5 y piensa en la letra que le corresponde en el abecedario.

—¿Cómo? (S no tenía paciencia, pero seguía el juego por miedo a que me quedara muda otra vez).

—Que si es 1 toca A, si es 2, toca B, si es 3, toca C...

—Entiendo.

—¿Tienes la letra?

—Sí.

—Ahora piensa en un país que comience con esa letra.

—Ok.

—Y con la segunda letra de ese país piensa un animal.

—¿Falta mucho?

—Es lo último. ¿Pensaste el animal?

—Sí.

—Pero no hay iguanas en Dinamarca.

—¿Y cómo mierda hiciste eso?

Cualquier número del 1 al 9 multiplicado por 9 da dos dígitos que sumados son igual a 9. Al restarle 5, ese número siempre será 4, lo que corresponderá, por orden alfabético, a la letra D. Un 99% de los seres humanos que había pasado por esta prueba al pensar en un país que comenzara con la letra D, lo hacía en Dinamarca, y un 97%, al focalizarse en

un animal que comenzara con la letra I, pensaba en una iguana. El margen de error era bajísimo.

Pero en lugar de decirle eso a S, le dije: lo adiviné.

—Entonces ahora adivina si nos comprarán en la perfumería a la que vamos.

—No nos comprarán.

—Si es así, hemos terminado por hoy —dijo S, al mismo tiempo que daba una vuelta en U en mitad de la carretera.

»Y ahora a reventarnos de comer —había rematado.

Así que nos estacionamos en la plaza y partimos a una cafetería, donde pedimos dos cafés: uno simple (el mío) y otro a la mitad (el de S).

La mitad restante, S la llenaba con el *whisky* de una botella que llevaba siempre en el bolsillo. Era una costumbre que los camareros conocían (S llevaba veinte años visitando las mismas cafeterías) y que ya no intentaban denunciar, porque, por lo que pude observar durante esos años, los camareros, al igual que los vendedores viajeros, elegían con cuidado sus batallas.

—Para soportar los desajustes, ¿comprendes, M?

—Comprendo.

Para celebrar esa comunión que no todos los días se daba entre dos seres humanos, acompañamos nuestros cafés con cuatro pasteles de manjar y mantequilla, que terminamos justo cuando D pasó a recogerme.

XXV

Durante los viajes de vuelta a casa no solo tenía revelaciones sobre el funcionamiento de la vida. También anotaba cuentas y algunos mensajes en la libreta que siempre llevaba dentro del botiquín.

En realidad, era una especie de testamento temprano, anotado en la hoja que seguía a los listados de «trueque» y de «dinero» (este último, escrito en una clave que reemplazaba los números por vocales).

Mi testamento se llamaba «El Futuro». En él iba repartiendo mis bienes entre las personas que conocía. Estaba lleno de borriones, porque a medida que me sentía más o menos cercana a ellos, cambiaba mi herencia de lugar. Las variaciones se producían cada día y dependían básicamente de con quiénes había compartido las últimas horas.

Si había pasado la tarde con D, al llegar la noche le traspasaba mi prendedor de la rana René y ciento cincuenta pesos.

Si, en cambio, había pasado mis últimas horas con S, sumaba a su lista — que ya tenía un alicate marca Kramp— cincuenta pesos y el mismo prendedor que, paralelamente, borraba del listado de D, al que también le restaba los cincuenta pesos.

Tenía listados para mi madre, el fotógrafo y algunos más.

Mis afectos eran livianos y cambiantes. Pero eso me daba lo mismo, lo que me preocupaba en realidad era el trabajo que significaba volver a escribir, borrar y volver a escribir mi testamento cada noche. Así que, pensando en ahorrarme algo de trabajo, le pregunté a D cuándo llegaría el futuro.

—Mañana en la mañana —respondió.

Y como lo vi tan seguro, aproveché para preguntarle qué era el futuro exactamente.

—Mañana en la mañana —había vuelto a responder.

XXVI

Durante las vacaciones tenía permiso de mi madre para acompañar a D una semana completa, lo que equivale a decir que lo acompañaba sin estar obligada a recurrir a mi libreta de comunicaciones falsa ni a otras mentiras sobre mi día.

(—¿Aprendiste muchas cosas en el colegio?

—Muchas, mamá).

Y esperaba la llegada de esa semana, así como los otros niños que conocía esperaban la Navidad, porque tal como lo hacían los vendedores mayores, podría dormir en un hotel.

Compartía la habitación con D y eso tenía una parte buena: podía escuchar la radio hasta la hora que quisiera, y una parte mala: tenía que envolver mi cabeza en una bufanda para no escuchar sus ronquidos. El método era relativamente efectivo, porque mi cabeza era pequeña y la bufanda era larga.

Cuando la mañana siguiente le hablé de mi problema a la administradora del hotel, me dijo que imaginara que estaba en un bosque y que, a partir de cierta hora, el que dormía en una cama frente a la mía no era D, sino un pequeño oso. No me daría cuenta y me quedaría dormida.

Un oso grande, la corregí.

A partir de ahí, mis vacaciones fueron doblemente productivas. Salíamos temprano a vender los productos Kramp, algunas tardes acompañaba a S, y durante las noches, me internaba en la selva de mi habitación para cuidar al oso.

Todo fue muy bien hasta la tarde en que llovió.

—De abajo para arriba —diría S más tarde.

Llovió, pero como hacen los peces testarudos, visitamos a un cliente, luego a otro y otro.

Yo no quise quitarme el sombrero mojado (sabía que la fuerza de mi personaje, la hija de la hermana enferma de S, estaba en el sombrero).

Cuando regresé, no quise cenar y soñé con un árbol del que florecían tuercas y ojos mágicos. También había flores de vidrio. Y en el sueño, yo pensaba que un jardín como ese no soportaría la llegada del invierno. Así que tomaba un serrucho que llevaba en el bolsillo y cortaba un trozo de raíz. La raíz, una vez separada del árbol, se convertía en un pedazo de cuerda, que yo ataba a mi muñeca.

A la mañana siguiente desperté con cuarenta grados de fiebre. Llamaba a mi madre y confundía a D con un oso real.

Asustado, D bajó a conseguir aspirinas y un té con limón. También mojó con agua fría uno de sus pañuelos blancos y me lo puso en la frente.

Dormité durante toda la mañana y por la línea difusa que une la realidad y el sueño, veía transitar a D, desde la habitación al baño y viceversa, para enfriar el pañuelo.

—Este sistema no falla —decía nervioso, y me ponía nuevamente el pañuelo en la frente.

Cuando bajó al comedor, informó a los demás sobre mi estado febril. El más afligido era S, que, al recordar el sombrero mojado de la tarde anterior, volvía a decir:

—Llovía de abajo para arriba. Y no quiso sacarse el puto sombrero.

De almuerzo tomé solo un caldo de pollo que me llevó hasta la habitación la señora del hotel, junto a una segunda taza de té con limón y una historieta que no leí, pero guardé bajo mi almohada.

Al llegar la tarde ya me sentía mejor, pero como no pude levantarme, con el permiso de los demás, D tomó prestada la única televisión que tenía el hotel y vimos una película mexicana.

No sé si fue el poco de fiebre que me quedaba, pero algo me hizo preguntarle:

—¿Siempre venderé los productos Kramp?

—Siempre es un día muy largo —respondió D.

Y como había sonado bien, lo anotó en una servilleta, mientras me decía algo sobre un nuevo producto Kramp: una linterna a prueba de agua con garantía de por vida, para alumbrar «en la más absoluta oscuridad».

Cinco minutos más tarde, alguien tocaba la puerta. Era S, que entró a la habitación, encendió un cigarrillo y sacó de su bolsillo una muñeca negra.

—Es africana, así que no dejes que pase frío —dijo.

Y sacó del otro bolsillo una botella de *whisky* que le regaló a D, no sé si en un gesto de solidaridad paternal o de culpa. Porque S, además de ser mal hablado, era muy católico.

A la hora de la cena ya casi me había recuperado, pero en consideración a lo malo que había sido mi día, los vendedores que se alojaban en el hotel no reclamaron el televisor ni se emborracharon. Y se fueron a la cama en puntillas, como los osos buenos.

XXVII

Me recuperé del resfriado —o la pulmonía— que me había dado, pero mi aspecto no era de los mejores. Estaba más flaca y fue por esos días cuando se instalaron bajo mis ojos las dos sombras en forma de media luna, que ya no me abandonarían.

Tenía un sueño recurrente: íbamos por la carretera y las Renoletas de los vendedores hacían diferentes cambios de luces. Mi tarea era descubrir qué significaban. ¿Dos pestaños: puedes seguir? ¿Un solo pestaño: precaución? ¿Tres pestaños: detente? Por más que pensaba y hacía anotaciones en mi libreta, no lograba descifrarlo. Despertaba del sueño con angustia y me costaba volver a dormir.

Regresé a la escuela y continué acompañando a D, quien, en consideración a los signos de convalecencia que conservaba, decidió que ya no haría dobles turnos. S, culposo como era, acogió mi desvinculación sin protestar.

Cuando D me lo dijo, no sentí tristeza, sino un vacío. Un vacío en forma de sobre con dinero.

Todo lo que siguió ¿fue culpa de D? Algo en mí se sigue negando a responder a esa pregunta.

Prefiero culpar a E.

XXVIII

E fue un personaje secundario de nuestra vida. Y nosotros fuimos los personajes secundarios de una historia mayor. Una serie de elementos —los fantasmas, la confianza en El Gran Carpintero, mi temprana vocación, los tiempos que corrían— podrían haberse cruzado y haber seguido su marcha, pero chocaron de frente.

Las cosas sucedieron así:

Nuestro horario de trabajo era estricto y a las nueve de la noche debíamos estar bajo algún techo, de preferencia el de nuestra casa. Ese día habíamos regresado a las seis.

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Era E. Necesitaba que D fuera a recogerlo y que yo fuera con él. Había encontrado a los fantasmas, los había fotografiado y esta vez era más importante que nunca que regresara del pueblo a la ciudad, sin levantar sospechas.

El esquema argumental —que nadie dijo pero todos entendimos— era más o menos el mismo que había utilizado S, así que recurriré a su lenguaje: no era lo mismo detener a un hijo de puta que detener a dos hijos de puta que en el asiento trasero llevaban a una niña.

El código de honor de D, en casos excepcionales, podía hacerse extensivo a alguien que estuviera fuera de la familia de los vendedores. Así que considerando que E lo dejaba entrar gratis al cine cada vez que quería y aprovechando que mi madre aún no llegaba a casa, decidió que le prestaríamos ayuda. Eran las siete. El pueblo quedaba a una hora. A las nueve en punto estaríamos de vuelta.

Me gustaría recordar que en ese viaje por la carretera hablamos alguna cosa importante, pero no.

Llegamos y E nos estaba esperando.

Cuando lo saludé, le pregunté si había encontrado los fantasmas, pero no me dijo nada, solo tomó mi mano y la apretó por un momento.

D miró su reloj y le propuso que se fuera recostado en el asiento de atrás, así que volví nuevamente al asiento del copiloto.

Salíamos del pueblo cuando un auto nos cerró el paso. Bajaron dos hombres.

No tuvimos necesidad de ocultar la presencia de E, porque habría sido imposible. Tampoco alcancé a intentar ninguno de mis trucos dramáticos, porque mi poca experiencia era suficiente para notar que esta vez estábamos en el interior de un drama real.

Confiar en nuestro talento —y en la teoría de la compasión— habría sido una ingenuidad, así que lo mejor que podía hacer, y lo que hice, fue quedarme quieta en mi asiento.

D y E bajaron del auto y se alejaron, escoltados por los dos hombres.

Como pasaban los minutos y no volvían, bajé de la Renoleta y regresé a la plaza.

El pueblo parecía un desierto, así que me senté debajo de un árbol —una morera— y saqué de mi cartera un cigarrillo.

Las argollas de humo subían y, al observar su disolución, tuve la segunda epifanía de mi vida: me encogía y me elevaba, sujeta a una de mis argollas.

En ese espacio privilegiado de la noche observaba cómo las estrellas juntaban calor y: ¡paf!, aparecían. Pasaban los milenios, consumían su última reserva de hidrógeno y: ¡paf!, se disolvían.

La visión de las estrellas se mezclaba con la de las tachuelas que, a pesar de ser de acero inoxidable, no escapaban al ciclo de la disolución (¡Paf! ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!).

Colgada de mi argolla, tenía una visión privilegiada de las cosas.

Y fue en esa claridad de la mente cuando escuché una voz ronca que gritó:

—A ver si en el infierno te quedan ganas de seguir buscando huesos, perro de mierda.

XXIX

Las balas que se escucharon unos segundos más tarde hicieron uno, dos, tres, cuatro, cinco agujeros.

Y por uno de esos agujeros pasó un «insecto de la suerte»^[2].

XXX

A la mañana siguiente me encontraron desmayada bajo el árbol de la plaza, con principio de hipotermia. Me llevaron a un almacén y me dieron de beber algo —alcohol, imagino— que me hizo reaccionar lo suficiente como para dar el teléfono de mi casa y el nombre de mi madre.

La llamada y la conversación que vino después

Cuando mi madre recibió la llamada, la parte que le había faltado durante tantos años volvió de golpe. Lo que no supo fue que lo hacía al día siguiente de que E hubiera encontrado, enterrado entre los otros, al fantasma que durante tanto tiempo la tuvo dormida para nosotros.

Lo descubrí años más tarde cuando, buscando una mochila, me encontré con una caja con fotografías y recortes de diarios que hablaban del hallazgo de unos cuerpos.

Todos los pueblos se parecen, pero no tuve que esforzarme demasiado para reconocer que el pueblo que aparecía ahí era el pueblo de los disparos.

¿Había hecho E más llamadas? ¿Había enviado una señal de humo que decía: los encontré?

Nunca lo sabré y tampoco tiene importancia.

Lo que sí importó fue el interrogatorio que vino después.

Porque le hablé a mi madre del pueblo fantasma, de la llamada de E, de los disparos.

Y también de S y de los sobres. De la libreta falsa de comunicaciones. De las ferreterías, las perfumerías, el pequeño doble de S, las ausencias del colegio y, finalmente, del Gran Carpintero.

A medida que avanzaba en mi relato, no sé por qué comencé a llorar, y ya que estaba en eso, lloré durante varias horas. Mi madre me abrazaba y me decía que todo iba a estar bien, con una voz que desconocía.

Al mismo tiempo, ocurría otro interrogatorio. El que respondía D.

Tampoco sabré nunca lo que D dijo ahí. Lo que sí sabía mi madre era que D volvería. Era lo suficientemente astuto como para convencer a sus interlocutores. Y lo suficientemente cobarde como para no arriesgarse a pasar a la historia como un héroe fantasma. Se libraría. Que se pudriera.

XXXI

Cuando D regresó a casa con barba de tres días, moretones en el cuerpo y varios kilos menos, yo y mi madre habíamos partido hacia lo que llamé «la vida siguiente».

Antes de irse mi madre, dejó en la mesa una carta con dos palabras, una aprendida de mi abuela y otra de su propio repertorio: «Maldito inconsciente».

Justo al lado, yo dejé un sobre con el dinero que había ahorrado durante lo que duró mi trabajo remunerado, y una carta que decía:

«Te quiero.

PD: el dinero es prestado».

XXXII

Hicimos un trayecto de toda una noche en un bus que nos situó, a mi madre y a mí, lo suficientemente lejos.

Lejos de D.

Lejos de los productos Kramp.

Lejos de los fantasmas.

Y el listado de los alejamientos me afectó profundamente. Tanto, que en dos oportunidades intenté quitarme la vida aguantando la respiración. Fallé y así, a los nueve años, comprendí que el instinto de conservación era algo superior.

Con esas dos palabras se lo expliqué a dos de mis nuevos compañeros del colegio: «algo superior». Y luego los insté a eliminarse: solo tenían que concentrarse y dejar de respirar.

No quería que murieran, solo quería comprobar que lo que flaqueaba no era mi determinación (solo eso se necesitaba para dejar de respirar), sino la de toda la raza humana. Y lo comprobé porque ellos, al igual que yo, sobrevivieron.

Llamaron a mi madre, quien le pidió a mi profesora, conmigo presente, que por favor me disculpara, que estaba pasando por una situación difícil, producto de una ruptura familiar.

Podría haber explicado a mi madre y a mi nueva profesora que a la ruptura familiar se sumaban rupturas de otro tipo: ruptura espiritual (si le hablaba desde la nueva ciudad, El Gran Carpintero no me escuchaba); ruptura económica (ya no tenía trueque ni sobres); ruptura vocacional (yo era ayudante de vendedor viajero y en la nueva ciudad no había ninguno).

¿Lo habrían entendido?

Probablemente no, así que no les dije nada.

Decidí dejar que la vida siguiera su curso, y lo siguió con tanta naturalidad que al año siguiente tenía un nuevo padre, pronto tendría una hermana y hasta compramos un perro.

Flaco, así le pusimos al perro.

XXXIII

Iba al colegio, jugaba con mi hermana, paseaba a Flaco y hasta me quedó tiempo para hacer nuevos amigos.

Era cierto que a veces mi mirada se quedaba suspendida en algún ojo mágico o en un frasco de colonia barata y sentía un leve desasosiego. Pero tal como hacen los monjes budistas —lo había dicho una amiga, también nueva, de mi madre—, dejaba esos pensamientos pasar.

Dos veces al año recibía una llamada de D.

—¿Cómo estás, M?

—Bien.

—¿Qué tal la nueva ciudad?

—Horrible.

—No había podido llamarte, ¿viste la noticia del ladrón de teléfonos?

—No.

—No dejó ni uno. Estuvimos varios meses incomunicados.

—(Silencio).

—Intentaré ir a visitarte algún día. Las ventas van mal. La gente ha perdido tantos tornillos que el suelo está lleno de ellos y ya no necesitan comprarlos en las ferreterías.

—(Risa).

—Cuídate, M.

—Tú también, adiós.

Nunca dijimos te extraño. Y tampoco hablamos de lo que había pasado.

Mejor así.

XXXIV

Los años siguientes pasaron en cámara lenta. Tan iguales, que podrían haberse concentrado en un solo día. Para lograr algo parecido a la percepción del paso del tiempo, al inicio de cada año compraba un calendario. Lo colgaba en la pared, tarjaba y, a medida que se terminaban, los iba guardando en una caja que tenía bajo la cama.

En esa caja también estaban la foto que me había sacado E y mi libreta de ventas.

Lo que yo guardaba ahí era el mecanismo del tiempo.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Más un año en que no tuve calendario, pero que también contaba: pasaron cinco años.

Y decidí que era tiempo suficiente, así que me senté a esperar la próxima llamada.

El teléfono sonó cuando comenzaba el verano número seis.

—¿Cómo estás, M?

—Iré a visitarte.

—(Silencio).

—Justo en un mes, espérame en el café de la estación de trenes.

—Ahí estaré.

—Recuerda que me debes dinero.

—Lo recuerdo.

Durante los últimos cinco años, había paseado también al perro del vecino, un solterón que, para ser tan amargo como era, pagaba bastante bien. Si a eso sumaba el dinero que me debía D, calculaba que me alcanzaba para vivir un mes en alguno de los hoteles.

Con el permiso para viajar no hubo problema. Mi madre, influenciada por mi nuevo padre, ahora creía en Buda, pero no por eso había dejado de admirar

a las repúblicas independentistas. Así que me prestó su mochila y me encomendó al vacío original.

La mochila de mi madre

Las piezas que le faltaban al rompecabezas que era mi madre estaban ahí, dentro de la mochila. Una mochila anterior a mi existencia y a la aparición de D, donde había guardado un atado de cartas, tres libros y un pañuelo azul con lunares blancos.

Se las había dado Jaime Andrés Suárez Moncada.

Y después de dárselas, Jaime Andrés Suárez Moncada había desaparecido.

Cuando lo supo, mi madre tomó un hilo y comenzó a bordar una estrella en su mochila, pensando que cuando la terminara, Jaime Andrés Suárez Moncada aparecería en el portón de su casa y le daría un beso. Pero eso no pasó.

Durante los años siguientes buscó a Jaime Andrés Suárez Moncada. Pero lo único que consiguió fue listados de nombres.

Iba guardándolos en el bolsillo de afuera de la mochila.

La mochila pesaba, y mi madre, que insistía en usarla, se ponía cada día más curva.

El mundo de los fantasmas es tan diminuto como el de las personas.

Los restos de Jaime Andrés Suárez Moncada los había encontrado, años más tarde, quien había sido su mejor amigo: E, el fotógrafo.

La noticia había aparecido en un periódico que parecía ser de otro país, un periódico que alguien hizo llegar a mi madre dentro de un sobre que no tenía remitente.

El cuerpo de su primer amor, Jaime Andrés Suárez Moncada, tenía trece agujeros de bala y varios huesos rotos.

Cuando mi madre terminó de leer se encerró en el baño con una aguja (la misma con la que había bordado la estrella en la mochila) y un frasco de tinta negra.

Se hizo en el brazo trece pinchazos porque quería que el cuerpo le doliera por fuera igual como le estaba doliendo por dentro. Pinchó trece veces. Fuerte, fuertísimo.

Cuando más tarde le pregunté qué eran esos lunares me dijo que no sabía. Que simplemente se había despertado esa mañana con una constelación negra

en el brazo izquierdo.

 Mi madre sale con cada cosa, pensé.

 Mi madre, que otra vez había estado llorando.

XXXV

Justo un mes después de nuestra conversación telefónica, D me esperaba en el andén.

En lugar de abrazarnos, nos dimos unas palmadas en la espalda, como hacen los viejos compañeros de escuela.

El mismo traje.

El mismo maletín.

Eso sí, ya no había Renoleta.

Así que tomamos un colectivo, que nos dejó en la nueva casa de D: una buhardilla minúscula y ordenada. Me pareció tan perfecta que pensé en un reloj. Un reloj que daba vueltas de manera irregular. Ahí, preparándome el café de bienvenida, D me pareció un ser humano al que el tiempo había dejado en una especie de paréntesis.

Y se estaba tan bien en esa burla al tiempo, que al llegar al mediodía yo ya había instalado algunas de mis cosas sobre su escritorio y tomaba las medidas al sofá para ver si en él cabía mi cuerpo de catorce años.

—Solo una semana —dijo D.

—Tengo dinero para un mes entero y estoy viendo que si me quedo aquí en el sillón puedo ahorrarme el hotel.

—Dos semanas y ni un día más.

—Entonces yo la cama y tú el sillón.

Durante los días siguientes intentamos retomar nuestra rutina de años atrás.

Como no teníamos Renoleta, hacíamos los viajes en bus o en tren. Fue en una de esas estaciones donde, al mirarnos cerca de otras personas, noté que algo extraño había en nosotros.

Los zapatos excesivamente brillantes que antes eran el símbolo de una creencia —la posibilidad de alcanzar la Luna— de un momento a otro me parecieron un truco para disimular la camisa gastada. Otro tanto la polera, que yo misma había elegido para la ocasión, y el pañuelo que me había amarrado al cuello.

Había dos opciones:

A. Que la precariedad nos hubiera acompañado desde siempre y yo no lo hubiera notado.

B. Que algo hubiera cambiado.

Como fuera, mi recuerdo de infancia sufrió una fractura: crac. Y odié al Gran Carpintero no por la realidad, sino por la revelación que me envolvía en un desagradable, y hasta ahora desconocido, pudor: la mirada de los otros. ¿Lo sabían? ¿Notaban nuestra precariedad?

Por primera vez los vi con nitidez y me parecieron gigantes.

Y fue pensando en esa escala que me dejaba en desventaja como, tras años de aburrida realidad, tuve una nueva visión: D y yo nos desvanecíamos.

Las personas en el andén esperaban, se despedían o avanzaban en busca de su carro.

D y yo, en cambio, nos quedábamos quietos y comenzábamos a perder, primero los colores, luego los contornos. Nos habíamos vuelto argollas de humo. Y nos desintegrábamos al cruzar el cielo de la ciudad.

Ahí, abandonados en el andén, quedaban su maletín y mi mochila.

Pasaban los años. Cientos de años. El lugar era el mismo, pero el paisaje había cambiado: ahí donde antes estaban la estación y la ciudad ahora había un desierto poblado de contenedores.

Nuestras cosas seguían ahí y los habitantes del lugar depositaban junto a ellas guirnaldas de papel.

Habíamos existido hacía mucho tiempo y, al contrario de lo que me había imaginado, la propia desaparición no era en absoluto dolorosa.

Te vuelves humo. Con los restos, los del futuro hacen lo que pueden.

Había entendido uno de los mecanismos de la existencia. Y habría llegado más lejos si no fuera porque D me avisó de que nuestro tren ya estaba ahí.

En un par de horas estuvimos en nuestro destino.

Hicimos una primera parada en la cafetería. Ningún vendedor viajero apareció a hacernos compañía, así que, rápidamente, emprendimos la marcha hacia la ferretería principal.

Esa nueva soledad se repitió durante los días siguientes, haciendo que la imagen del desierto volviera y se posara en el interior de los cafés que iba pidiendo. La revolvía con la cucharilla y la borraba.

XXXVI

Seguimos: cada día un pueblo. Pero había algo que no calzaba entre la fotografía de la realidad que yo había guardado en mi cabeza y el paisaje por el que caminaba.

Al principio entré con D a las ferreterías, pero mi cuerpo resultaba demasiado grande para ocupar el lugar de su antiguo personaje. Los centímetros de brazos y piernas que había ganado en los últimos años me habían vuelto un ser invisible para los encargados.

Maldije de nuevo al Gran Carpintero. Si podía mantener pequeños a los enanos y los ponis, también podría haberlo hecho conmigo. Pero no lo había hecho, y su decisión me dejaba sin plan.

Tenía que reflexionar. Así que decidí que, en lugar de seguir acompañando a D, me quedaría a esperar por ahí.

Cuando le pedí que me dejara el catálogo de los productos Kramp para ponerme al día, me respondió que ya no los imprimían. Lo poco que vendía lo vendía de memoria. Eso fue lo que dijo.

Comprendí que la situación era más crítica de lo que yo había imaginado y decidí que si no quería que el piso desapareciera bajo mis pies, lo mejor era que mi viaje llegara a su fin.

Aún tenía algunos recuerdos en mi cabeza que no se habían mezclado con la nueva realidad y quería salvarlos. Así que me despedí de D, sumando, a las palmadas en la espalda, un abrazo y un beso.

Me quedaba una semana y algo de dinero, así que decidí llamar a S.

XXXVII

Pasó a recogerme al café donde le dije que lo esperaba tocando la bocina desde la cuadra anterior. Fue tan grande la alegría de volver a verlo, que salí corriendo sin siquiera pagar los cafés que me había tomado mientras lo esperaba.

—Pero qué grande estás. Así ya no sirves para nada, pero qué alegría volver a verte.

Me abrazó con fuerza y sentí ese inconfundible olor a alcohol mezclado con colonia barata que, por tanto tiempo, había guardado entre mis recuerdos queridos.

—Supe que en los últimos años has estado pasando hambre, así que te traje un pan con queso. Yo mismo lo preparé.

Aún podía reconocer los alimentos que vendían en la carretera. Así que al comprobar que S seguía igual de mentiroso y que el pan sabía tan seco como yo lo recordaba, recuperé algo del territorio perdido.

Para celebrar nuestro reencuentro, abrió la guantera: ahí estaba la pequeña botella que siempre mantenía llena de licor.

Me ofreció un trago que acepté agradecida. El *whisky* quemaba la garganta, pero estaba bueno. Fue al guardar la botella en la guantera cuando vi el revólver. Nunca había tenido uno en mis manos, así que lo tomé con cuidado.

—¡Paf! —gritó S.

No seas imbécil, no se bromea con un arma cargada. Eso me habría gustado gritarle de vuelta, pero aunque habían pasado los años, guardaba por S algo parecido al respeto.

—¿Para qué tienes esto aquí?

—Para matarme.

—Hablo en serio.

—Yo también. Y déjalo ahí, porque quiero ser yo quien decida el momento.

Me explicó que los negocios iban muy mal. Los hijos de puta dueños de las grandes cadenas, esos cagones, se estaban comiendo los pequeños y medianos negocios. Y cuando terminaran con ese almuerzo en que se zampaban ferreterías, perfumerías, farmacias y tiendas de vestuario, ya nadie necesitaría vendedores viajeros.

Por eso habían decidido comprar el cargamento de revólveres. Como lo compraron completo, el dueño de la tienda de armas —un excarabinero— les había hecho un buen precio. Todos los vendedores viajeros dispararían al unísono el día en que se cerrara el último negocio.

—¿D también tiene uno?

—Todos tenemos uno.

Podía haberle dicho que era un loco. Que todos estaban rematadamente locos. Pero en cambio dije:

—Comprendo.

Durante los días siguientes continuamos nuestra marcha en dirección al sur, nos alojábamos en hoteles tan incómodos, que lo mismo hubiera dado dormir al aire libre.

Tomando en cuenta la escasez que nos apremiaba, por todos los frentes (o más bien gracias a ella), logramos replicar una mala copia de nuestras actuaciones del pasado. Me quedaba muy quieta dentro del auto y S le explicaba a los dueños de las perfumerías que esa silueta que veían a lo lejos era la de su sobrina cuadripléjica, de la que ahora se hacía cargo.

—¿Recuerdas al turco? —me dijo mientras pasábamos frente a su tienda.

—El de las ventas de tres días.

—Ese.

—¿Qué pasó con él?

—Contrató una secretaria que solo nos permite visitas de una hora. ¿Crees que se puede llenar un vagón de alguna mierda en ese rato?

—No.

—Por eso dejamos de venderle al turco maricón.

La semana llegó a su fin, así que me despedí de S con otro abrazo. Desde la estación, lo miré alejarse caminando hasta que se convirtió en un punto, algo como una imagen que tienes guardada dentro de la cabeza pero que no logras enfocar con nitidez.

XXXVIII

Volví a mi casa con un vacío del tamaño de la mochila que me había prestado mi madre. Como necesitaba buscar algún motivo, le eché la culpa al dinero que no había cobrado. Había cruzado la mitad del país para recuperarlo y había vuelto sin él. Era un fracaso. Uno que ocultaba un segundo fracaso, al que aún no sabía darle nombre.

Volví a mi rutina: el colegio, los perros, mi madre, mi nuevo padre, mi hermana.

Los otros. En un par de semanas habían crecido unos centímetros y yo había encogido otros tantos. Ellos no parecían notarlos, pero yo sí lo notaba. Y en esos breves minutos de conciencia, la única solución era abrazar con cualquier excusa a mi hermana o a mi madre.

No quería desaparecer. Y para eso, tenía que sujetarme a la tierra.

XXXIX

Los meses pasaban y el agujero seguía ahí. Así que decidí tapanlo ocupándome en ser una buena persona. Y es que las malas personas a las que tanto quería en este mismo momento podrían estarse volando los sesos y eso era una señal clara de que, si quería sobrevivir, tenía que cambiar de bando.

Mejoraba mis notas y mis modales, pasaba más tiempo con mi hermana y hasta decía bromas durante los almuerzos familiares. Perfecto.

Lo siguiente sería hacerle una casa al perro. Yo misma compraría los materiales.

¿Es bueno conocer el mecanismo de las cosas? ¿Saber cómo se mueven por dentro?

Sigo sin tener respuesta para eso. Solo sé que cuando fui a la ferretería y pedí veinte clavos de doce milímetros y un martillo marca Kramp, el dependiente me dijo que hacía años que ya no los vendían. La empresa había cerrado su filial tres o cuatro años atrás, ya no lo recordaba con exactitud.

Comenzó a enumerar una serie de otras marcas, que escuché como se escucha un murmullo que viene de lejos. El rumor del mar, en eso pensé, y le pedí que me vendiera un par de tablas. Si podía sentir su peso, si podía cargarlas y llevarlas hasta mi casa, significaba que aún era una persona real.

Caminé de vuelta y recuerdo claramente que, durante todo el trayecto, la brisa de la tarde insistió en despeinar un mechón de pelo que me caía por el lado izquierdo de la frente. Lo acomodé un par de veces y luego lo dejé.

Al llegar a mi casa, pasé directa al patio trasero. Dejé las tablas en el piso y, apoyando la espalda en el muro, me senté a mirar el espacio que separaba mi cuerpo de la casa. ¿Cuánta brisa había pasado por ahí? ¿Hace cuántos millones de años existía ese espacio?

Cuando por fin entré, le dije a mi madre que no cenaría y me fui directa a mi habitación.

XL

Hacía apenas unos meses había estado junto a D intentando vender unos productos que ya no existían, lo que equivalía a decir que D me había mentido.

No fue rabia lo que sentí.

Lo recordé, tantas veces, diciendo que era improbable que una casa construida en un 80% con productos Kramp se viniera abajo, en caso de haber un terremoto o un tornado, y supe que el mío era uno de esos casos desafortunados que cabían dentro de la improbabilidad.

Porque había venido el terremoto, el temido tornado, y mi construcción, hecha en un 95% con productos Kramp, era ahora un cerro de palitos.

No fue rabia lo que sentí, sino un vacío que se volvió un agujero. Uno que cupo perfectamente en mi otro agujero, ese que, no sabía por qué, cargaba desde que había visitado a D. Ahora lo sabía.

Me senté a esperar la próxima llamada. Sabía que D era organizado y que, al llegar a diciembre, miraría su agenda y vería la anotación que él mismo había hecho al iniciar el año: llamar a M.

El 1 de diciembre a las siete de la tarde el teléfono sonó.

Estaba muy cansada como para ser original, así que repetí el mismo diálogo de la vez anterior. Estaría allá, justo en un mes, en la estación.

D respondió, con un cansancio similar, que me estaría esperando.

XLI

Puse poca ropa en la mochila, porque era verano y porque algo en mí sabía que el viaje sería corto.

Cuando me bajé del tren vi a D en la estación y noté que, a pesar del calor, estaba vestido de invierno.

Pasamos por su casa a tomar un café.

Me habría gustado preguntarle por qué no me había dicho nada acerca de la desaparición de los productos Kramp, nada acerca de la pistola que guardaba y nada acerca del dinero que me debía.

Pero en lugar de eso prendí un cigarrillo y le dije que el café estaba excelente.

Como si algo nos apremiara, antes de llegar al mediodía, tomamos un bus en dirección al sur y nos bajamos en el primer pueblo de la ruta.

Le dije a D que esta vez no iría con él a la ferretería, que solo había venido a acompañarlo y que lo esperaría en la plaza. Había traído un libro: *Los viajes de Gulliver*.

D partió con su maletín para intentar vender sus productos inexistentes. Mirada desde la distancia, también la ferretería me pareció irreal.

Media hora después volvió y se sentó junto a mí.

—¿Cómo te fue?

—Vendí doscientos ojos mágicos y cobré noventa serruchos.

Nos quedamos en silencio por un rato. Y fue al ver la morera cuando supe que estábamos en la misma plaza donde me había desplomado de miedo, años atrás.

Encendimos un cigarrillo y luego otro.

Durante horas, que parecieron años, D y yo permanecemos sentados en silencio.

—Quédatelo.

—Qué cosa.

—El dinero.

Y cuando terminé de decirlo comprendí que me estaba despidiendo.

Habíamos estado profundamente unidos por un catálogo de productos de ferretería: clavos, martillos, ojos mágicos, tornillos. Pero ese catálogo ya no existía.

Las cosas avanzaban de acuerdo con un mecanismo que no podíamos detener.

Vimos aparecer la primera estrella de la noche.

Hacía miles de millones de años, en esa misma noche, había tenido lugar la Gran Explosión, y desde ese día todo se separaba, y se seguiría separando, irremediablemente.

Ahí arriba, la Luna menguante era la misma que había pisado Neil Armstrong años atrás. Pero otras cosas habían cambiado para siempre.

Mi padre me dejó en la estación a la que había llegado esa misma mañana. Y nos despedimos sabiendo que no nos volveríamos a ver.

El tren se puso en marcha con una extraña puntualidad.

Apoyé la cabeza en la ventana.

Me dormí.



MARÍA JOSÉ FERRADA (Chile, 1977) es periodista y escritora. Sus libros infantiles han sido publicados en ocho países.

Kramp, su primera novela, ha sido la primera obra en ser galardonada con los tres reconocimientos literarios chilenos de mayor prestigio: el Premio a la Mejor Novela del Círculo de Críticos de Arte, el Premio a las Mejores Obras del Ministerio de Cultura (categoría novela) y el Premio Municipal de Literatura de Santiago.

Notas

[1] Tristeza que sientes sin que sea tuya. <<

[2] Los «insectos de la suerte» no son una especie, sino un insecto que se posa justo en el lugar en el que la vida toma un curso diferente. Ese espacio de tiempo en el que se decide si ir por una vereda o la otra, si se sale o no de una casa, si se dice o no se dice algo. Es una fracción de segundo tan pequeña que en ella solo cabe el paso de un insecto. Un insecto que cuando pasa, parte para siempre la vida en dos. <<